

México-Estados Unidos: *¿Quo Vadis?*

LUIS GONZALEZ SOUZA

¿Hacia dónde se dirige la relación entre México y Estados Unidos? Las respuestas, no siempre explícitas y, cuando las hay, son de lo más variado. Esto, en sí, pudiera indicar el predominio de la confusión, del análisis propagandístico o ideologizado, o de plano, desinterés y negligencia.

Lo cierto es que ni Estados Unidos ni mucho menos México pueden darse el lujo de no evaluar, constante y rigurosamente, el curso de la relación entre ambos países. Para bien o para mal, sea hacia escenarios de mayor cooperación o de mayor conflicto, dicha relación tiene un creciente aunque desigual impacto tanto en el futuro de México como en el de Estados Unidos. Si para la gran potencia sería problemático el estallamiento de su relación con México, para éste sería algo así como catastrófico.

Una evaluación cabal del curso que sigue la relación México-Estados Unidos, rebasa con mucho los límites de este ensayo. Aquí sólo buscamos llamar la atención sobre la necesidad de una evaluación tal. Y que, en rigor, debería emprenderse desde los más diversos círculos. Limitémonos, por ahora, a cuestionar pautas metodológicas y tareas políticas hacia adelante.

De la euforia y sus razones

Desde el *Espíritu de Houston* (Salinas, 1989) hasta el *Nuevo Entendimiento* (Gurría, 1995), uno y el mismo mensaje permea, en ambos lados de la frontera, a los discursos oficiales: jamás la relación entre México y Estados Unidos había estado mejor. Ora más visible ora menos, suele agregarse este epílogo: y esa relación, gracias a las políticas (o los políticos) recientes, tiende a mejorar todavía más.

Para ser exactos, ese tipo de triunfalismo no carece de razones. La primera, y acaso la de mayor peso, tiene que ver con el llamado "cambio de mentalidad" en México, comenzando por lo gobernantes de la *modernización*. Cambio resumible en el abandono del viejo nacionalismo, incluía ésa, su expresión más primitiva que es el antiyanquismo por sistema. Y es que, en efecto, nada gana México con seguir culpando de todos sus pesares al *imperio yanqui*. Así, más bien pierde la oportunidad no sólo de construir una relación fructífera con su vecino, sino de localizar y jerarquizar las fuentes internas de esos pesares. Aunque también es cierto, para estimular una vecindad respetuosa. Como sea, el acercamiento de México a Estados Unidos con una mentalidad constructiva y ya no (sólo) defensiva, sin duda es una condición —nunca la única— para mejorar la relación bilateral.

En ese sentido, y quizás sólo en ése, la propia firma del TLC agrega razones al triunfalismo. Más allá de las deficiencias del tratado, su entrada en vigor devela un tránsito del reino de los propósitos al de la acción (y en este caso, acción de indudable envergadura). Ciertamente hay construcciones sólidas y construcciones frágiles, a la larga contraproducentes. Pero por ánimo constructivo, así se pruebe sólo discursivo o insuficiente, no quedó: a final de cuentas, el TLC busca construir relaciones tan

institucionales como jurídicas en vez de continuar su abandono a las libres fuerzas de la otrora *integración silenciosa*; esto es, espontánea, caprichosa, arbitraria.

Del mismo TLC se han derivado muchas otras razones —o aquí sí, deplano espejismos— de la euforia. La más socorrida, aunque ya en declive, se refiere al Tratado como una especie de pase automático al Primer Mundo, por parte de México. Ligada a ella, está la (hipó)tesis de que ya México, gracias al TLC, finalmente puede relacionarse con Estados Unidos en calidad de *socio*. No más, como súbdito, traspatio o vecino tan pobre y débil como indeseable.

Y así, las razones de la euforia pueden extenderse hasta llegar al conocido episodio de la (*auto*)ayuda crediticia del gobierno de Clinton, tras la macrodevaluación del peso mexicano en diciembre pasado. Motivaciones propias aparte, el Estado (no sólo el gobierno) estadounidense pareció mostrar un interés sin precedente por México (jamás país alguno había sido beneficiado, ni por Estados Unidos ni por nadie más, con un paquete crediticio de 51 mil millones de dólares).

Todo ello, y seguramente más, abona explicablemente el enfoque de la euforia. Sin embargo, es preciso ir más allá de lo aparente, lo superficial o, en todo caso, lo secundario. De otro modo podríamos quedarnos tan confundidos como aquel negrito que, tras sesuda sesión de preguntas y respuestas, finalmente dijo a su mamá: "Ya entendí que mi color, el tamaño de mis manos y el tipo de mi pelo son los que más se adecúan al clima de Africa; lo que no entiendo es ¿por qué Dios me colocó en Misissippi!". Si todo pinta tan bien en la relación México-Estados Unidos, ¿por qué, entonces, persisten los viejos problemas bilaterales e inclusive algunos tienden a agravarse?

Más allá de la euforia

Si hemos de ser objetivos, unos cuantos indicadores bastarían para aconsejar, por lo menos prudencia, ante el enfoque de la euforia. Y esos indicadores pueden encontrarse, pero en su faceta oculta, entre los mismos factores que alimentan el triunfalismo.

Conviene comenzar, sin embargo, con lo más obvio. Algo sin duda anda mal en la relación bilateral, cuando recién comenzada la nueva-época-gracias-al-TLC, en Estados Unidos avanza —porque la iniciativa 187 apenas parece ser el comienzo— acaso la peor campaña en la historia contra la inmigración de trabajadores mexicanos. Y además, ello ocurre cuando más documentado está el aporte de esos trabajadores a la economía estadounidense; cuando el propio gobierno de Clinton (*Putting People First*) había prometido un enfoque humanista de la cuestión migratoria y, en fin, cuando los apologistas de este TLC aseguraban que, entre sus múltiples beneficios, se incluía el de atacar las raíces de la emigración laboral mexicana.

Otro tanto puede decirse del propio TLC. ¿Cómo entender que incluso ya en vigor el Tratado, justamente de *libre comercio*, en Estados Unidos persisten añejas e incluso nuevas prácticas proteccionistas? Al ya casi histórico embargo del atún, ahora se suman barreras contra las exportaciones mexicanas de acero, cemento, vidrio y otras. Y si eso le ocurre a grandes consorcios mexicanos (Tamsa, Cemex, Vitro), ¿qué suerte le espera a pequeños y medianos empresarios?

No es necesario ir más lejos. Cuando apenas el TLC cumple un año y medio en vigor, en el propio empresariado mexicano ya comienzan a multiplicarse las demandas de revisar por lo menos algunas partes del Tratado. Quiere decir que el supuesto parteaguas de una época

en verdad nueva no fue negociado de la mejor manera; no es algo que esté abonando el camino al enriquecimiento de la relación México-Estados Unidos.

Y no sólo se trata de cuestionamientos al TLC por parte de empresarios mexicanos. En el propio Estados Unidos persisten, y tienden a crecer cuestionamientos por parte de sindicatos (AFLO-CIO por delante), agrupaciones ecologistas (Greenpeace, Sierra Club), organizaciones en defensa de los consumidores (Public Citizen, National Consumers League) y, en general, de los derechos humanos (notablemente, el American Friends Service Committee).

Algo, pues, en el propio TLC anda mal. Ese *algo* no es muy difícil de (re)descubrir. No obstante que los negociadores mexicanos prometieron hacer valer la condición de México como país de menor desarrollo; no obstante que el principio de *trato preferencial* a la parte más atrasada es una demanda por demás sensata y legítima, este TLC acabó consagrando como su principio rector, al de *trato nacional*. Es decir, la antítesis de aquél otro principio; el tratamiento igual a empresarios extranjeros y nacionales, haciendo tabla rasa de sus enormes disparidades. Esto es, en suma, que este TLC se perfila ya como el mejor caldo de cultivo para el problema básico, el vicio de origen, de la relación México-Estados Unidos: la creciente brecha de desigualdades (económicas, sociales, políticas) entre ambas naciones.

Ya desde antes del TLC, era claramente perceptible la tendencia expansiva de aquella brecha. De principios de los ochenta a principios de los noventa, el diferencial a favor de Estados Unidos creció en renglones clave: su PIB pasó a ser de 16 a 25 veces mayor que el de México; su PIB por habitante, de 6 a 10, y su nivel promedio de salarios, de 3 a 10 veces mayor (ahora tal vez 15 veces, tras la última devaluación del peso mexicano). Si ello sintetiza desigualdades en el terreno económico y social, ni qué decir de las desigualdades en el terreno político.

Aquí no es fácil cuantificarlas, pero alguna indicación cualitativa puede derivarse de —llamémosla así— la *brecha de soberanías*. Es decir, para efectos prácticos, el diferencial en lo tocante a niveles de autodeterminación. Sólo utilicemos el siguiente contraste. Mientras que Estados Unidos se siente con la capacidad no sólo para autodeterminarse sino para determinar el futuro de muchas otras naciones (comenzando por sus vecinos), en cambio el México actual —a diferencia del de quince años atrás para no ir más lejos— se debate entre la pérdida de liderazgo o prestigio entre las naciones de su género, las latinoamericanas en primer lugar, y el virtual desangramiento de su soberanía.

Y es que hay una relación estrecha, aunque nunca lineal, entre las desigualdades socioeconómicas y las desigualdades políticas. Nosotros lo resumimos en un círculo que, desde siempre pero ahora más, ha operado como un cáncer en la relación México-Estados Unidos: el círculo de la *desigualdad-opresión (EU)-sumisión (México)-más desigualdad*.

Detrás de sus facetas positivas, el propio paquete de ayuda crediticia de enero pasado, ilustra como pocas cosas la dinámica de dicho círculo, sobre todo en sus eslabones propiamente políticos. A diferencia del rescate crediticio de 1982, el de ahora obliga a México a rendir cuentas (con todo un "plan financiero" incluido) ya no al FMI, sino directamente, al Departamento del Tesoro estadounidense. Además, ahora los préstamos se destinan por completo a saldar cuentas con acreedores (sobre todo de Tesobonos en manos de norteamericanos) y no a reactivar la economía mexicana así fuese para impulsar, como en 1982, el llamado *cambio (o ajuste, según el lenguaje del Banco Mundial) estructural*. Y, para no extendernos, la factura petrolera de México queda como *prenda*, al tiempo que los

tribunales de Estados Unidos (en primera instancia los de Nueva York) se arrojan la *competencia* para ventilar cualquier conflicto resultante de la ayuda crediticia.

Aparte de reciclar la brecha y el círculo mencionados, los nuevos y mayores condicionamientos de la (auto)ayuda estadounidense obligan, una vez más, a cuestionar los enfoques del triunfalismo y la euforia. ¿O acaso ese tipo de condicionamientos es propio de una relación de *socios*, o tan siquiera ayuda a generarla?

Hacia un optimismo tan eficaz como prudente

Tanto en México como en Estados Unidos, crecen consensos sobre cuestiones clave. Eso, en sí, es razón para el optimismo. Salvo minorías radicalizadas en el racismo antimexicano o en el nacionalismo antiyanqui, todos parecen estar de acuerdo en lo central: la necesidad y la posibilidad de hacer de la vecindad, una relación fructífera y no una relación explosiva.

Todos, salvo minorías obsesionadas por la ganancia particular e inmediata, admiten la necesidad de trabajar en la relación México-Estados Unidos de manera consecuente a su creciente importancia para el futuro de ambos países. Para lo cual, se requiere un trabajo permanente (no cíclico ni sexenal), así como una visión de largo plazo, bien arraigada en las enseñanzas de la historia y en las mejores tradiciones culturales en ambos lados de la frontera. Se requiere todo un plan —obviamente elaborado sobre bases democráticas, dentro y entre México y Estados Unidos— o una estrategia propiamente dicha. Ya no es suficiente, si alguna vez lo fue, la firma de tal o cual tratado; mucho menos si éste se cocina al vapor o en beneficio de cúpulas, así se trate más y más, de una *cúpula binacional*. Como lo ilustra la rapidez con que se fraguó el TLC, aquí comienzan los disensos importantes. Quienes creen que la relación México-Estados Unidos marcha bien en lo fundamental —en su estructura misma—, lógicamente se inclinan por las acciones rápidas y hasta espectaculares. Es el caso de los partidarios del enfoque triunfalista. Como vimos, empero, dicho enfoque amerita ser debatido, como mínimo.

En el otro extremo, no faltan quienes ven a la relación como algo tan podrido que no vale la pena ni siquiera intentar su saneamiento. Desde radicalismos tanto de derecha (racismo, xenofobia) como de izquierda (antitodo, antiyanquismo incluido), llegan a propugnar la ruptura de relaciones (no necesariamente diplomáticas) entre ambos países. Digamos que el enfoque rupturista, no analizado con detalle aquí.

Como en tantas otras cosas, entre ambos extremos parece encontrarse la postura más sensata. Y, como casi siempre, se trata del camino más arduo y lento, pero el más prometedor. Transitarlo exige, antes que nada, reconocer que, más allá de avances superficiales, la relación México-Estados Unidos adolece de fallas estructurales, que es preciso enmendar. De no hacerlo, aquellos avances serán más efímeros y menos frecuentes, en el mejor de los casos. Y en el peor de éstos, todo el edificio de la relación bilateral podría desplomarse, tarde o temprano.

La explosividad del fenómeno (no necesariamente, problema) migratorio, parece ser un primer aviso. Pero la lista de espera, para nuevos avisos, ya está a la vista: narcotráfico, contaminación, deuda externa (porque no tarda en volver a estallar), inversión extranjera tan especulativa como parasitaria y volátil, intervencionismo so pretexto de la democracia y los derechos humanos (máxime que avanza el *derecho de injerencia* a nivel internacional), seguridad nacional (ya comienza a hablarse de una seguridad *binacional*),

política exterior (no obstante que ya caminan ciertos alineamientos "modernos") y, en fin, el propio TLC en tanto siga concitando repudios en ambos lados de la frontera.

Bajo este enfoque digamos intermedio, la tarea central consiste en descubrir y enseguida jerarquizar las fallas estructurales del edificio en que se asienta la relación México-Estados Unidos. A nuestro juicio, la prioridad de esas fallas —o si se prefiere, el *pecado original* de la relación bilateral— radica en la ya citada brecha de desigualdades entre ambas naciones. Mientras estas desigualdades no se reduzcan significativa o cualitativamente (porque, ciertamente, nunca desaparecerán por completo), se antoja muy difícil esperar una relación en verdad fructífera. Más bien tales desigualdades retroalimentándose con los otros dos eslabones del círculo vicioso ya anotado: la proclividad —o ¿subculturas, ya?— de Estados Unidos a la opresión, y de México, a la sumisión.

Tal vez no sobra decir (o debatirlo) que la brecha entre los dos países no puede crecer indefinidamente. Tarde o temprano, llegaría un punto en que la relación bilateral se haría explosiva. O, en el mejor de los casos, se configuraría un escenario por demás irónico: sí comenzará a cerrarse la brecha, pero hacia abajo. Es decir, no porque México comience a acercarse a los niveles de desarrollo y autodeterminación ya alcanzados por Estados Unidos. Más bien, porque éste se acerca a México... en las celdas del Tercer Mundo. De hecho, ya comienza a ser un gran debate la paulatina tercermundización de Estados Unidos. Pero eso es tema para otros ensayos y, quizás, para otros ensayistas.

Concluamos éste, con los corolarios más elementales. Cerrar la brecha de desigualdades México-Estados Unidos, sería la brújula de la estrategia requerida para en verdad hacer fructífera la relación entre ambas naciones. Medir constantemente el comportamiento de esa brecha, constituiría el cogollo de la evaluación rigurosa y permanente que, en todo caso, exige ya la relación bilateral. En la medida en que la brecha tienda a cerrarse, entonces sí, podremos decir que la relación camina hacia buen puerto. Entonces sí, bienvenida la euforia.

Maestro en Derecho por la Universidad de Harvard, y en Relaciones Internacionales por la London School of Economics. Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; autor de *México en la estrategia de Estados Unidos* (Siglo XXI, 1993) y de *Soberanía herida* (Nuestro Tiempo, 1994).